



PRESENTACIÓN

*Jerónimo Molina Herrera **

Hay ciertas temáticas que constituyen la referencia obligada de una Colección de Estudios como **MEDITERRÁNEO ECONÓMICO**, y éste el caso de la recesión económica iniciada en 2008, de la que aún, en el momento en el que escribo estas páginas, no somos capaces de terminar de intuir la salida. Por tanto, y siendo imposible (lamentablemente) dar la cuestión por zanjada, la pregunta pertinente en este caso no es cuántos volúmenes de la Colección habría que dedicarle a la situación económica que vivimos, sino más bien en qué momentos publicarlos, qué especialista debe coordinarlos y desde qué enfoques debe abordarse su análisis.

De hecho, **MEDITERRÁNEO ECONÓMICO** vienen abordando monográficamente ciertos aspectos parciales de la crisis desde mediados de 2009. En el volumen XV, que estuvo a cargo de Jaime Lamo de Espinosa, se caracterizó el nuevo sistema agroalimentario global en su nuevo contexto, marcado por una demanda creciente y cada vez más exigente, el dominio de la gran distribución en el comercio internacional, el auge de los biocombustibles y los problemas de seguridad y soberanía alimentarias. El XVI, coordinado por Juan Velarde Fuertes, estuvo dedicado a las debilidades, fortalezas y riesgos del sistema productivo español a corto y medio plazo, en un momento en el que los efectos de la crisis ya se habían manifestado en toda su crudeza. Finalmente, en el último número, el XVII, una selección de políticos con cargos de alta responsabilidad, profesionales de mérito y especialistas reconocidos respondieron a la invitación de Joaquín Moya-Angeler para profundizar en el mundo de la innovación y el desarrollo, ejes fundamentales de la sociedad de la información y el conocimiento que se enfrenta, en la actualidad, al peor escenario internacional desde los años 20.

Sin embargo, y al margen de dichas aproximaciones sectoriales, valiosas pero incompletas, ha sido necesario dejar pasar un tiempo prudencial antes de atrevernos, no sin cierta temeridad, a un análisis de la crisis en su conjunto y en profundidad, en el que participasen las diferentes voces de las Ciencias Sociales con un objetivo común: tratar de comprender cómo hemos llegado a esta situación, y realizar propuestas, si acaso todavía tentativas, de cómo podríamos dejarla atrás. Sólo desde esa perspectiva, tras haber observado las consecuencias de la crisis a lo largo de varios trimestres, y habiendo contrastado detenidamente los múltiples discursos surgidos al respecto, era viable un trabajo así. Es más: aun siendo necesario, el planteamiento de este volumen XVIII no agota, ni siquiera de forma parcial, las posibilidades de reflexión en torno a la evolución reciente de la economía, por lo que necesariamente habremos de volver sobre la temática en futuras entregas, modificando en cada caso el enfoque, el ajuste de la lente.

Una mayoría cualificada de expertos y analistas comparte la sensación de que estamos ante el fin de una etapa histórica, y somos espectadores del inicio de una nueva. En este cambio de siglo y de milenio han ocurrido demasiadas cosas, y en demasiado poco tiempo. El orden socioeconómico surgido de la Revolución Industrial, que fue modelándose trabajosamente

* Director de la Colección de Estudios **MEDITERRÁNEO ECONÓMICO** (director@mediterraneoeconomico.es).

durante más de dos siglos, está en cuestión. Tras la crisis energética de los años 70, la caída del Muro de Berlín en 1989 y el imparable desarrollo de las comunicaciones telemáticas en los 90, se fue imponiendo un nuevo modelo de pensar, enseñar y gestionar la economía, las finanzas y la empresa. Esta “nueva economía” entendió que los ciclos económicos (el carácter maníaco-depresivo de la economía de mercado al que hace alusión el coordinador de este número en su texto), eran cosa del pasado. Durante los últimos quince años, sus defensores y practicantes entendieron que el capitalismo, en su versión financiera, el mercado desregulado a fin de cuentas, había alcanzado un grado de madurez e independencia de las instituciones sociales suficiente como para garantizar por sí mismo el bienestar de las sociedades desarrolladas y la paulatina desaparición de la pobreza en el mundo. Evidentemente, no ha sido así.

Es cierto que la irrupción de las nuevas tecnologías ha cambiado la forma de producir, pero sobre todo ha transformado, y muy intensamente, la manera en la que accedemos a los bienes, e incluso la propia naturaleza de lo que consumimos. No hay más que pararse y ver cómo la música y el cine ya se demandan de forma diferente, y cómo pronto lo harán los libros; cómo la pedagogía ha otorgado un singular protagonismo a estas herramientas en sus métodos; o cómo la función social de los medios de comunicación de masas está permanentemente en entredicho. Empieza a configurarse, en definitiva, una nueva forma de interrelación entre el hombre y el resto del mundo, que se canaliza cada vez más a través de procesos informáticos. Este tipo de cambios institucionales, sociales, culturales y tecnológicos, imprimen necesariamente un carácter propio a esta crisis, más allá de teñir de rojo las principales magnitudes del análisis económico.

Parece claro, pues, que esta primera década del siglo XXI se está cerrando con una profunda transformación estructural que afecta a toda la organización social en su conjunto. Surgen así nuevos conflictos, al tiempo que se agotan los paradigmas tradicionales, poniendo incluso en cuestión la viabilidad política, cuando no financiera, del Estado del Bienestar. Mientras tanto, la velocidad y la intensidad de semejante cambio estructural dificultan la adaptación de las instituciones sociales, que necesitan de un tiempo de transición más amplio para poder adaptarse y asimilar las nuevas reglas del juego.

Hemos intentado resumir, en apenas unos párrafos, las líneas maestras del argumentario de este volumen, que coordina y dirige el Catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona Antón Costas Comesaña. Tanto él como el resto de autores compartían a priori un único axioma, a partir del que cada uno de ellos ha desarrollado su propio discurso: la crisis de 2008 debe ser estudiada desde una perspectiva global. En la construcción colectiva de dicha reflexión debían participar todas las Ciencias Sociales, ya que los problemas a los que nos enfrentamos al iniciar la segunda década del siglo no se limitan a los convencionales de la fase recesiva del ciclo económico. Van mucho “más allá”, y suponen un reto de futuro para la dimensión sociológica, política, ética y comunicativa de la humanidad. Desde la Fundación Cajamar tan sólo nos queda agradecer la labor de coordinación de Antón Costas, que ha hecho posible reunir en un único volumen una selección de autores y textos tan a propósito. Estamos convencidos de que los lectores terminarán dándonos la razón.

Almería, noviembre de 2010